

Presentación. La intensidad incesante de una escritura

Miguel Dalmaroni

Saer acontece

Hay por lo menos un puñado ya clásico de maneras de definir un clásico, de examinarlo para dictaminar si el autor o la obra de que se trate merecen o no ese calificativo que pasa por consagración máxima y definitiva. Con todo lo imprudente que pueda resultar, nos interesaría más bien olvidar por un momento esas tradiciones (o dejar que nos atraviesen sin ceder aquí al afán erudito que instaría a descubrir las) para afrontar el problema según esta pregunta: no se trataría solamente de interrogar las determinaciones civiles e interesadas que han canonizado un libro, una obra, un autor, sino de preguntar también por lo que la literatura puede y efectúa: ¿hubo, como quiso en su momento Roland Barthes, como quiere Alain Badiou, un acontecimiento Mallarmé, un acontecimiento Beckett? ¿Sigue habiéndolo cada vez que una lectura cualquiera desata alguna de las mil y una formas imprevisibles de esa locuacidad imparable que, según Rancière, dio nacimiento a la literatura como arte de escribir?¹ No era muy diferente lo que –durante el ápice del debate teórico sobre la cultura en pleno siglo xx– pretendía el tan historicista, el tan sociológico Raymond Williams para Joyce o para Jane Austen, para Conrad o para T. S. Eliot: que allí, de un modo *definitivo*, se nos daba y quedaba latiendo, restante, “una experiencia que al parecer no es comunicable”, pura “cualidad de presencia” que actúa

¹. Barthes, Roland, “Lección inaugural”, en *Lección inaugural y Nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985; Badiou, Alain, *Condiciones*, México, Siglo XXI, 2002, y *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Manantial, 2003; Rancière, Jacques, *La parole muette. Essai sur les contradictions de la littérature* [1998], París, Hachette Littératures, 2005.

fuera de todo horizonte de socialidad, “una ancha extensión oscura” que persigue “ver lo que no es visible”, “el nuevo sentido de lo oscuramente incognoscible”.² Desde algunas voces de la filosofía más reciente, la crítica literaria no ha dejado de insistir –entonces– en una de sus obsesiones modernas: que en eso que la convencionalización histórica de la palabra dio en llamar literatura, cada vez, se abre una experiencia ajena al orden de lo comunicable. Algo que queda latiendo, restante, fuera de todo horizonte de socialidad. Algo todavía sin nombre que inutiliza los modos sabidos del intercambio.

¿Hay, en un sentido como ése, un acontecimiento Juan José Saer? Por supuesto, la pregunta por la clasicidad del artista de *Nadie nada nunca, La mayor, Glosa* no está exenta de ser confundida, como en tantos otros casos, con el proceso de su canonización que, sin dudas, dice mucho no sólo acerca de la historia literaria argentina de los últimos cuarenta años, sino también, más en general, acerca de los procesos y dispositivos sociales de la lectura. En diciembre de 2009, la última novela de Saer, *La grande* (2005), fue la segunda obra más votada por sesenta escritores y críticos que respondimos a la pregunta por “los libros de autores argentinos más significativos de la década” que propuso Ñ, la revista de cultura del diario *Clarín* de Buenos Aires.³ En los últimos diez años, los ensayos críticos sobre Saer de procedencia universitaria se han acrecentado por lo menos en dos sentidos: en la Argentina, Saer es ya un tema *normalizado* de investigación y una lectura que vuelve a imponérseles a sucesivas generaciones de estudiosos; en el exterior, las tesis, artículos y libros sobre el santafecino se vienen acrecentando por lo menos en Brasil y en los Estados Unidos, y siguen produciéndose en algunas instituciones de Europa, sobre todo –naturalmente– en Francia. Una señal reciente: todos los años, la Fundación Susan Sontag premia a un traductor de literatura menor de 30 años que proponga una versión en inglés de algún texto escrito originalmente en la lengua que la fundación elige ese año para conceder la distinción; 2009 fue el año del español, y la joven ganadora, Roanne Sharp, concursó con su traducción de *La mayor*; la muchacha había tomado contacto con los libros de Saer porque entre los profesores del departamento de español de la universidad norteamericana en la que estudiaba había por lo menos un par de fervorosos lectores de Saer que se empeñaban en difundirlo entre sus alumnos.

Pero retrocedamos al inicio de la década: entre 1999 y 2000, Saer era uno de los nombres más mencionados y de los autores a quienes se dedicaban más páginas en los dos tomos con cuya publicación se iniciaba la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik; fuese por el relevamiento de la literatura escrita desde las provincias desde principios de

2. Williams, Raymond, *Politics and Letters. Interviews with “New Left Review”*, Londres, New Left Books, 1979, pp. 163 y 171, la traducción es mía, y *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 46.

3. AAVV., “Libros de la década. Nueva encuesta a la literatura argentina”, Ñ. *Revista de Cultura. Clarín*, N° 325, 2009, pp. 10-30.

los sesenta, por el problema del “regionalismo”, por la representación del paisaje o por el peso propio de su obra y de su firma en el contexto más amplio de la narrativa argentina, Saer era sin dudas uno de los protagonistas de la colección: no resultaba adecuado preguntar cuál de los capítulos estaba dedicado a Saer, sino, más bien, qué capítulos y apartados de capítulo.⁴ Por otra parte, en el año 2000, un diálogo publicado por la influyente revista *Punto de Vista* había establecido que Saer se contaba –junto con Manuel Puig, Ricardo Piglia y César Aira– entre “los nombres del consenso”, es decir, entre las escrituras con mayor reconocimiento de la narrativa argentina de finales del siglo pasado.⁵ En el anteúltimo número de la misma revista, su directora, Beatriz Sarlo, volvió al asunto sin dudas como parte de las reflexiones que desde la muerte de Saer en junio de 2005 venía retomando *Punto de Vista*, una publicación que desde 1978 había persistido con particular convicción en la atribución del máximo valor artístico a la obra del santafesino. En ese ensayo, de diciembre de 2007, Sarlo daba por hecho que Saer “es un gran escritor”, y jugaba a la vez el ejercicio de la crítica que, comprometida con su presente y con la lucha de las valoraciones artísticas, ha oficiado de historiadora de la lectura y de la literatura que sus propias intervenciones contribuyeron a canonizar: “Sobre lo que sucedió con Saer –anota Sarlo– ya sabemos todo. Es un lugar común en la literatura, no un riesgo, sino una certeza. La cuestión sería olvidar un momento todo eso y ver qué era Saer cuando todavía no era Saer”.⁶ La invitación de Sarlo incluye “despreocuparse un poco del canon”, un orden que le hace falta “más al mercado prepotente pero inseguro” que a “la buena literatura”. Podríamos suponer, entonces, no tanto que se nos invita a retroceder cronológicamente y a leer a Saer como cuando lo hicimos la primera vez (en eso consiste el ejercicio de su escrito), sino más bien que Sarlo habla allí de Saer como Marx de Lutero en la primera página de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Marx dice que el sujeto revolucionario es alguien completamente nuevo, es decir, *nadie*, cuyo precedente civil es alguien: un vivo muerto de miedo que –oprimido por el pasado– disfraza de vejez venerable su disposición a revolucionarse “como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo” y “lo traduce siempre a su idioma nativo”; sólo será capaz de asimilar “el espíritu del nuevo idioma” y de “producir libremente en él cuando se mueva dentro de él sin reminiscencias y olvide en él su lengua natal”.⁷ Digamos: Lutero habría alcanzado a vivir en Lutero sólo cuando, olvidado del disfraz del apóstol Pablo con que

4. Cella, Susana (dir.), *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999; Drucaroff, Elsa (dir.), *La narración gana la partida*, Buenos Aires, Emecé, 2000; vols. 10 y 11, respectivamente, de Jitrik, Noé (dir. gral.), *Historia crítica de la literatura argentina*.

5. Gramuglio, María Teresa y otros, “Literatura, mercado y crítica. Un debate”, en *Punto de Vista*, N° 66, 2000, pp. 1-9.

6. Sarlo, Beatriz, “Lectura sobre lectura”, en *Punto de Vista*, N° 89, 2007, pp. 46-48.

7. Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Anteo, 1975, pp. 15-16.

el miedo de Lutero invistió la inminencia de lo vivo que latía en él contra sí, fue nomás Lutero.

Podríamos suponer, entonces, que se nos invitaba a olvidar todo eso, repetible y sabido, y a confrontarnos una vez más con el acontecimiento innombrable que no queda otro remedio que nombrar con la firma “Lutero” o “Saer”. Y sospechar, entonces, que quizás precisamente por eso, por lo que resta de su carácter de acontecimiento, Saer podría seguir siendo uno de los nombres que damos a los riesgos de la literatura justamente desde que fue nomás Saer –si se quiere, una vez que, en la escritura que lleva su firma, algo no ha cesado de acontecer y nos deja, por tanto, *definitivamente* inquietados en la certeza de su incalculabilidad–. Por dónde y cómo, digamos, una escritura, la de Saer en este caso, echa al olvido los disfraces que le ha provisto el santoral e insiste, en cambio, en presentársenos.

Este dossier

Durante los últimos años de su vida, Juan José Saer puso a disposición de un equipo de investigadores encabezado por Julio Premat, y del que forma parte Sergio Delgado, toda una serie de manuscritos, dactilogramas, documentos prerredaccionales y cuadernos que –además de hacer posible la edición crítica de *Glosa* y *El entenado* en la colección Archivos– abrieron una serie más o menos insospechada de posibilidades para el trabajo crítico.⁸ Mientras, en la Argentina, otros investigadores –algunos conectados al equipo de Archivos– no sólo proseguíamos nuestra lectura crítica de la obra, sino que además encontrábamos y reuníamos documentos de Saer o referidos a sus libros, o recogíamos testimonios de diverso tenor (relatos, datos biográficos, entrevistas), como es el caso de los trabajos de David Oubiña sobre los vínculos de Saer con el cine, o los que desde 2009 reunimos quienes integramos el proyecto “Archivos Juan José Saer” del Conicet. Esos contextos son las fuentes principales de las que provienen los materiales presentados aquí, casi todos publicados gracias a la generosidad de quienes nos concedieron su autorización para la reproducción de los textos: Laurence Gueguen, Carlos Altamirano, Felicitas Luna, Raúl Beceyro, Hugo Santiago, Luis Príamo.

El criterio principal, aunque no excluyente, para la compilación de este *dossier* con textos del propio Saer o que se ocupan del escritor y su obra, ha sido el de reunir escritos de escasa circulación, en otros casos casi desconocidos, nunca reeditados, ausentes de las fuentes con que han trabajado hasta

⁸. Saer, Juan José, *Glosa – El entenado*, Edición crítica, Julio Premat (coord.), Poitiers-Córdoba, CRLA/Archivos-Alción, 2010.

ahora los especialistas, y algunos inéditos. La lectura de estos materiales permite, creemos, reabrir, revisar y enriquecer la reflexión sobre problemáticas más o menos identificadas y estudiadas por la crítica y la historia literaria que se han ocupado de Saer; y, al mismo tiempo, por supuesto, confirmar y advertir la acontecimentalidad incesante de una escritura.

Elegimos, entre muchas posibilidades, cuatro tópicos en torno de los cuales era posible reunir algunos de los documentos con los que hemos trabajado en los últimos años: la política y el contexto de la recepción inicial; la diversa presencia del tema del viaje en el curso de la obra; figuras y concepciones del artista y su trabajo; la relación de Saer con el cine. El recorte responde también, por supuesto, a las preferencias e intereses de los especialistas convocados, a nuestro vínculo con la intensidad de los textos o con la novedad que algunos representan respecto de determinados aspectos de la literatura de Saer. Pero permite, a su vez, dar paso a textos de géneros, registros, tonos, enfoques y momentos variados y muy diversos.